

HOMILÍA DEL PADRE THOMAS KEATING SOBRE LUCAS 12: 48-53

Agosto 19, 2001, Eucaristía en el Monasterio Trapense de San Benito, Snowmass, CO

-El Señor esté con ustedes.

-Y con tu espíritu.

Lectura del Santo Evangelio según San Lucas... He venido a traer fuego a la tierra, ¡y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo! Tengo que recibir un bautismo y ¡cómo me angustio mientras llega! ¿Piensan acaso que he venido a traer paz a la tierra? De ningún modo. No he venido a traer la paz, sino la división. De aquí en adelante, de cinco que haya en una familia, estarán divididos tres contra dos y dos contra tres. Estará dividido el padre contra el hijo, el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra."

Nos encontramos aquí con una de esas preguntas inquietantes que aparecen casi en cada página de las enseñanzas de Jesús. En primer lugar, esta pregunta extraordinaria es respondida enfáticamente por el mismo Jesús. "¿Piensan que he venido a traer paz a la tierra?" Y nos dice: "No". Pero entonces ¿qué pasa con todas las otras ocasiones en las que dice: "mi paz les doy...les doy paz no como la da el mundo...bienaventurados los que trabajan por la paz"? Nos encontramos, pues, ante una fuerte contraposición entre dos afirmaciones o implicaciones aparentemente irreconciliables. ¿Es la paz algo que Jesús nos trae o no? Y él afirma ambas cosas.

Obviamente, el propósito aquí es señalar una cuestión muy profunda acerca de la naturaleza humana y la proclamación del Reino de Dios. Paz, sí, pero no cualquier clase de paz. Quizá pueda ayudarnos aquí hacer una distinción entre los "amantes de la paz" y los que "construyen la paz." Jesús felicita en las bienaventuranzas solamente a los últimos: "bienaventurados los que trabajan por la paz," y les concede un nivel de participación muy alto en los valores del Reino. Pero, básicamente, a los amantes de la paz les gusta la forma en que están las cosas, tanto en el hogar, la comunidad local, la nación o la religión. No desean que nadie agite las aguas haciendo preguntas indiscretas o señalando aspectos que necesitan mejorar, o apuntando, quizá, a cosas que son injustas.

Los que construyen la paz son la voz de los que no tienen voz. Son los que no tienen miedo de confrontar. No se angustian por la mayor parte de las cosas, pero cuando hay un asunto de importancia, alzan su voz, hablan. A los amantes de la paz les gusta dejar las cosas tal y como están y les da miedo perder la clase de paz que confunden con la verdadera paz que Jesús nos trae. Pongamos esto en contexto para comprender la importancia y la profundidad de esta cuestión para cada uno de nosotros.

Todo el que se encuentra oprimido o sufre de alguna injusticia o privación necesita tener un mito. Esa es la naturaleza humana. Los mitos ofrecen esperanza, por efímera que ésta realmente sea. En la época de Jesús, el mito favorito de los israelitas era el del Reino de Dios, que sería establecido por un Mesías que liberaría, por medio de la fuerza, a varias generaciones oprimidas por la ocupación romana que sofocaba sus aspiraciones sociales y sus sensibilidades religiosas. Cada uno de nosotros carga con una cierta cantidad de frustración y, en el caso del pueblo judío de la época de Jesús, ellos tenían dos grandes símbolos que manifestaban sus aspiraciones, su mito. Uno era el Gran Banquete, una celebración en la cumbre de una montaña, diseñada para celebrar el triunfo vengativo sobre los enemigos políticos y la abundancia que Dios otorgaría a su pueblo triunfal tras generaciones de frustración y miseria. El otro era el cedro del Líbano, que crecía a una altura de 200 o 300 pies, como las secuoyas del noroeste de aquí. Éste era símbolo de la preeminencia de Israel por encima de todas las otras naciones, que acudirían a este reino teocrático y se someterían al dominio teocrático del Dios de Israel. En todo caso, esta idea del Reino de Dios no coincidía con la visión de Jesús.

Su conocimiento y experiencia del Dios del Universo como un padre amoroso era totalmente diferente, y eso lo llevó a un conflicto enorme e intenso con las autoridades de su época y con la mentalidad popular, saturada de imágenes de éxito, triunfo vengativo, y liberación de todas las desgracias de la vida diaria causadas por la ocupación romana. Esa gente no estaba dispuesta a abandonar su mito. Algunos de los discípulos lo compartían y, probablemente, Judas más que los otros. Cuando éste vio que su idea del Reino no iba a ocurrir, cayó en una desesperación, odio, ira y alienación terribles. Esas son las consecuencias de la frustración de un mito en el que vivimos, en algunos casos para poder sobrevivir.

Por eso, cuando Jesús dice: “¿Creen que he venido para establecer en el mundo la idea de paz que ustedes tienen?” No. “Por el contrario, he venido para hacer tambalear sus conceptos sobre la paz y la felicidad.” “He venido a destrozar los símbolos que ustedes consideran importantes para lograr su mito.” A la gente no le gustaba mucho eso, ni siquiera a los discípulos. A nosotros tampoco nos gusta, y la vitalidad del Evangelio que proclamamos en este momento nos hace la misma pregunta.

Jesús nos habla de su angustia por establecer el verdadero concepto de paz. Desea verlo arder, desea que queme esos otros mitos que sólo producen pecado y tragedia. Cuando la frustración y la opresión se hacen insoportables y nuestros mitos ya no tienen el poder de sostenernos, entonces experimentamos un intenso dolor, así como angustia y alienación. Puede llegar a ser tan doloroso que nos volvemos contra los otros, los odiamos y los criticamos. Finalmente, eso conduce a la alienación. De hecho, es el camino al infierno en sentido figurado, puesto que el infierno es el estado máximo de soledad psicológica, alienación, desolación, desesperación y sufrimiento.

Este descenso al infierno no es infrecuente en la experiencia humana desde esta perspectiva figurativa. La mayor parte de las personas no son capaces de mirar cara a cara al dolor de esa pérdida. Es mucho más fácil empujarlo fuera de nosotros, proyectándolo en los otros. Luego vienen no sólo el odio hacia los demás —que no es más que odio a nosotros mismos— sino incluso machetes con los que destruimos a otras personas, como forma de escapar de un dolor que no nos atrevemos ni a nombrar ni a enfrentar. Es el infierno. Por lo tanto, los mitos que fundamentan el proceso de degradación y deterioro humano no son, obviamente, la paz que Jesús nos da. Por el contrario, Él nos hace una pregunta que nos invita, muy suavemente, al aquí y ahora, a comenzar a dismantelar los mitos con los que vivimos.

Enfrentarnos a nuestros propios mitos es un gran logro, pero no ocurre fácilmente y requiere el ejercicio divino de la división. Jesús dice que ha venido a traer división. Se trata de la división que Jesús introduce en nuestras vidas y que apunta a la insustancialidad de nuestro mito. Ese es el punto de la cuestión. “¿Creen que he venido a establecer lo que consideran ser paz? No, les traigo la clase de división, en las circunstancias de su vida cotidiana, que les permitirá, poco a poco o quizá súbita y urgentemente, enfrentarse a la superficialidad de sus ideas sobre la paz.”

¿Cuáles pueden ser algunas de esas ideas sobre la paz? Unas cuantas nos vienen a la mente: buena reputación, buenas inversiones, buena diversión, aceptación por parte de la familia y los amigos, éxito en los negocios, la profesión o el ministerio... Éstas no son las verdaderas fuentes de la paz. Es útil poseer moderadamente estas cosas, que son valores verdaderos y hasta necesarios, pero cuando la vida se torna más difícil, es posible que nos aferremos a estos mitos con la misma clase de totalidad con la que el pueblo de Israel en la época de Jesús se aferraba a su mito del Reino. El Reino no consiste en éxito en este mundo. “Mi Reino no es de este mundo,” y esos valores que he enumerado, aunque valiosos hasta cierto punto, no son el valor último mediante el cual podamos fundamentar nuestras acciones. La pregunta realmente nos conduce a la destrucción de nuestros mitos.

“He venido a traer fuego a la tierra ¡y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo! Tengo que recibir un bautismo y ¡cómo me angustio mientras llega!” Esto surge de alguien que percibe el nivel más

profundo, el verdadero valor, que no es un mito, sino el amor de Dios tratando de liberarnos de los dioses falsos creados por nuestros mitos. La consecuencia de esa frustración es lo que entendemos por pecado. El pecado es lo que dirige el dolor hacia afuera y el que, en su prisa por escaparnos de él, pisotea los derechos y las necesidades de los otros e incluso nuestro verdadero bien.

¿Qué sucede cuando nos sentamos con el dolor y nos enfrentamos al fracaso de nuestros mitos y a nuestras fallas morales en lo que respecta a la justicia, la verdad, y la caridad? Ocurre entonces un enfrentamiento insoportable con nuestro lado oscuro al nivel más profundo, ese lado que puede lanzarse a destruir a otras personas como forma de alejarnos del dolor. Es en ese momento, cuando nuestros mitos se frustran y reconocemos la posible oscuridad de nuestras acciones, que comprendemos quién es Jesucristo y lo que significan la redención y la salvación. Esto quiere decir que Dios se nos une en ese momento de total impotencia ante nuestro dolor, el dolor de perder todos los símbolos que creíamos darnos la paz. Es en ese don de la presencia de Dios, que dejamos de proyectar en los otros un infierno fabricado por nosotros mismos y que por fin reconocemos como propio. Al hacerlo, encontramos la paz que está más allá de todo entendimiento, la paz que el mundo no puede dar, con todas sus promesas de deliciosa mitología. Es el mundo que realmente ES. Es el mundo de la infinita misericordia de Dios. Es el mundo en el que el poder de Dios está enteramente al servicio de la misericordia divina, en el que Dios asume en sí mismo toda la angustia, la desolación, la soledad y hasta lo infernal, cuyo símbolo es el infierno mismo.

Ésa es la paz que el mundo no puede dar. Esa es la paz que es puro regalo, cuando nos desprendemos de nuestros apegos excesivos o de la dependencia de todos los mitos que pensábamos nos traerían la felicidad –la paz ofrecida por el mundo, pero no la paz que Jesús nos da y por la que Él vino y murió.

Hace un tiempo, alguien trataba de predicar a los reclusos de una prisión. Surgió la pregunta: “¿Qué es la espiritualidad?” Tanto los presos como el personal del presidio ofrecieron varias sugerencias, pero como no se llegaba a ninguna conclusión, un hombre en la última fila, condenado a cadena perpetua y, por lo tanto, no muy preocupado por el tiempo, dijo por fin: “¿Quiéren saber lo que es realmente la espiritualidad? La espiritualidad ocurre cuando has ido al infierno y has regresado de allí “